

## El goce otro

---

POR CAROLINA MARÍA ROLDÁN C.

Carmen Gallano, *La alteridad femenina*, Asociación Foro del Campo Lacaniano de Medellín, Medellín 2000.

Con sus aportes sobre la sexualidad femenina, Lacan arroja una luz sobre ese dominio que Freud llamaba el continente negro del psicoanálisis. Siguiendo este haz dejado por Lacan, Carmen Gallano, en su libro *La alteridad femenina*, nos introduce en el mundo del amor y el goce femeninos, mostrando la disimetría que ambos aspectos guardan con respecto a la posición masculina.

Sobre la manera como un sujeto llega a decirse hombre o mujer, de Freud a Lacan se verifican ciertas continuidades, pero este último da un salto al introducir otra categoría distinta de la fálica en el abordaje de lo femenino. Para dar cuenta de cómo un sujeto se sitúa en posición masculina o femenina, en Freud las identificaciones son un elemento crucial: para ser hombre hay que ser como el padre, como la madre para ser mujer. Pero la teoría freudiana sobrepasa esta cota cifrada en significantes sociales que apuntan a resolver lo que desde el imaginario colectivo convendría a un sujeto: el deseo del hombre estaría guiado por la búsqueda de una mujer y viceversa.

El discurso cultural es superado por Freud, al introducir el símbolo fálico y su correlato, la castración, como el referente inconsciente latente a la identificación. Mientras que el niño constata la castración en la madre, la niña experimenta en lo real esa falta del significante. A partir de la categoría fálica se desprende,

entonces, de la teoría freudiana, la disyuntiva: “genital masculino o castrado”. Freud deja en claro que el falo es el significante inconsciente organizador, con respecto a la posición sexual; con lo cual establece que no hay *dos* del sexo. Pero esto implica, entonces, un escollo para dar cuenta de la feminidad: para la niña no hay un significante en lo real que inscriba el falo, el símbolo de lo sexual está en el hombre. Para Freud, la privación se torna castración por la vía del *penisneid*; la niña se sabría castrada desde el principio. Frente a esta castración, él plantea como salidas la envidia, la emulación y la reivindicación fálica, las cuales –dice la autora– no son sino reducción del *penisneid* a lo imaginario, esto es, “llevar la diferencia de los sexos al terreno del significado”<sup>1</sup>. A partir de esta posición freudiana, la autora se pregunta: “¿Cómo se puede pensar una alteridad femenina anterior a la lógica fálica y no dependiente de ella?”. Su respuesta avanza a lo largo del texto, tomando los planteamientos de Lacan.

Para esclarecer la relación de la mujer con respecto al falo, en su seminario IV, *La Relación de Objeto*, Lacan introduce, paralelo al concepto de castración, el de privación. En este seminario define la privación como la ausencia real de un objeto simbólico –el falo: en lo real falta algo que simbólicamente debería estar allí. En la castración, en cambio, la falta es simbólica. La niña, entonces, por sí sola no está castrada; sólo lo está en

<sup>1</sup> Carmen Gallano, *La alteridad femenina*, Asociación Campo Lacaniano de Medellín, Medellín 2000.

comparación con el niño, por cuanto se admite que el falo es el símbolo de la sexualidad.

Al abordar a la mujer a partir del concepto de privación, su singularidad es situada no en la diferencia con el hombre como algo secundario, sino como algo anterior y originario. En el seminario XIX, ...*O peor*, Lacan dice: “sería necesario que el sujeto admita que la esencia de la mujer no es la castración y para decirlo todo, que es a partir de lo Real, a saber que, exceptuado una nadita insignificante [...] ellas no son castrables, porque el falo, del que remarco que no he dicho aún lo que es, y bien, ellas no lo tienen”<sup>2</sup>. En este sentido, la pregunta por la mujer tendría como punto de partida, no la castración, sino la privación.

De la distinción entre privación y castración se puede colegir que la alteridad femenina no está toda definida por la lógica fálica. Si bien la niña subjetiviza algo de su privación por comparación con el niño –ya que la privación femenina sólo puede ser deducida por la no privación masculina–, si se toma como medida el patrón fálico, se elude el problema estructural que ella tiene que resolver: “cómo decirse mujer si no hay para ella un símbolo de goce sexual otro que el masculino”<sup>3</sup>.

La privación en lo real corre pareja con otra. “Por otro lado está su otra privación, de que no hay ningún significante que escriba el lugar otro de la feminidad”. Según Gallano, “hay un tiempo de la enseñanza de Lacan, donde pone el acento en la privación femenina como privación del falo, pero después va a decir que la privación del falo implica esta otra privación, que es privación del significante de La mujer”<sup>4</sup>. En el inconsciente no hay un significante que dé cuenta del Otro sexo; allí sólo hay inscripción del Uno fálico, sólo hay régimen del Uno que goza. La mujer es lo que no está en el orden simbólico del inconsciente, es el –1 del inconsciente. De la doble privación para la mujer –del falo

y de un significante que la nombre en el inconsciente– se derivan para el psicoanálisis dos asuntos a resolver: por una parte, cómo dar cuenta, entonces, del Otro sexo vía el inconsciente si allí sólo hay índice del falo y, por otra parte, más allá de los semblantes culturales, qué podría rubricar a una mujer como tal.

La forma como un sujeto se asume en una posición masculina o femenina, en Lacan, no se define por la vía de lo simbólico –ideales sociales– o de lo imaginario –elección de objeto–, sino en la vertiente de lo real, teniendo en cuenta su posición frente al goce. “No es que un sujeto se identifica siendo de un sexo o del otro, sino cómo una relación con el goce sexual permite identificar o no, el sexo de un sujeto”<sup>5</sup>. Junto al goce fálico masculino, Lacan va a introducir el goce Otro, goce femenino, no cifrado por el significante, que sitúa a la mujer más allá de la lógica fálica, como lo que no existe en el inconsciente, como el otro tachado del inconsciente, que él escribirá *La* (La tachado). La mujer es un agujero en lo simbólico; lo real de lo femenino sólo se puede evocar en los agujeros de lo simbólico.

Ya que en el inconsciente no hay significante que la inscriba, entonces una mujer busca por distintas vías obtener una identidad. En primera instancia, para encontrar una respuesta sobre la feminidad, la niña interroga a la madre para saber como mujer qué hace con el goce Otro. Pero ella “sólo podrá vislumbrar el bosquejo de una vía, no dar una respuesta que pase por el significante”. La madre no puede transmitir lo que es el goce femenino mediante la palabra; será la niña, entonces, quien a través de ese medio decir, pueda extraer algunos indicios. Si de la madre, interrogada frente a ese real que hace enigma, la niña sólo obtiene el silencio como respuesta, volviéndose al padre, aparece el estrago: la mujer hará al hombre el reclamo de su extravío.

Las vías para decirse mujer pasan también por la mascarada y la maternidad. Aquélla la hará valer como objeto fálico para el hombre y ésta le permitirá taponar el objeto ignorado de su goce con el valor fálico que aporta el niño. Supone que otra mujer

<sup>2</sup> J. Lacan, *Seminario XIX, ...O peor*, versión CD-ROM.

<sup>3</sup> Carmen Gallano, *op. cit.*, p. 48.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 63.

guarda el secreto de la feminidad, otra que, entonces, sería La mujer. “La histérica –señala la autora– no puede situar el otro sexo en una alteridad a ella misma, sino en una alteridad que supone que algún sujeto femenino podría llegar a encarnar”. Nos encontramos aquí con el fantasma de la “otra”. Es otra, La que sí sabe cómo gozar, cómo ser mujer.

Otra salida al enigma de lo femenino es tratar de allanar el desconocimiento con saber. Es otra de las salidas históricas: la histérica aspira a hacer pasar al saber lo real del Otro sexo, “busca a la mujer por la vía del saber [...] tiene que producir mucho saber, ¿para llegar a qué?: a descubrir que no hay respuesta”<sup>6</sup>, para reencontrarse con la falla significativa. Por último, en este empeño de hacer existir a la mujer, puede nombrarse la salida homosexual, donde se trata de hacer gozar a La mujer en la compañera sexual. Todos estos semblantes permitirán a una mujer acomodarse más o menos en una posición femenina –desde el referente fálico–, pero al precio de ignorar lo que en ella es Otro, de ignorar lo femenino como heterogéneo del Uno fálico.

Situando lo femenino más allá de los semblantes y como irreductible al significante, en el seminario XX, *Aún*, con el recurso de la lógica de los cuantificadores y de las funciones proposicionales, Lacan introduce las fórmulas de la sexuación mediante las cuales precisa la relación que tiene una mujer con respecto a la función fálica y lo que de ella no es capturado por esta función.

#### FÓRMULAS DE LA SEXUACIÓN

$\exists x \quad \overline{\Phi x}$	$\overline{\exists x} \quad \overline{\Phi x}$
$\forall x \quad \Phi x$	$\overline{\forall} \quad \Phi x$

Tanto del lado derecho como del lado izquierdo están los cuantificadores universal y particular, en relación con la función

fálica. En el lado izquierdo, lado hombre, arriba, puede leerse: *existe un x que dice no a la función fálica*; es el padre, en tanto que asienta la función de la castración colocando un punto de suspenso al goce fálico masturbatorio. Gallano no lee esta fórmula, como frecuentemente se hace, poniendo en el lugar de la excepción al padre de la horda primitiva: “No es hacer de un sujeto la excepción, y luego a todos los demás. Me parece que eso es una reducción de la lógica de la excepción, a una psicologización, que da consistencia imaginaria al mito del padre de la horda”<sup>7</sup>. El énfasis recae en el límite al goce fálico, impuesto por el padre como soporte de la castración. La parte inferior de las fórmulas da cuenta del universal de la función fálica, *todo x dice sí a la función fálica*. No se pueden leer separadamente las fórmulas de la sexuación –puntualiza reiteradamente la autora. Leyendo las dos al tiempo encontramos: *Existe uno que diga no, para que todos digan sí*. El padre, como soporte de la castración, inscribe la excepción negativa, que funda el conjunto universal por el cual todos dicen sí a la función fálica. Pero la fórmula universal, no homogeniza, no hace a todos los hombres iguales puesto que cada hombre es la existencia singular de una enunciación.

En el lado derecho, el femenino, la proposición superior puede leerse: *no existe un x que diga no a la función fálica*. No existe ningún x para quien no rija la función fálica, no existe ninguna mujer que haga excepción a la función fálica; la mujer, entonces, no escapa a la castración. Para las mujeres no existe el universal como conjunto, ya que no hay uno que se sitúe por fuera de la función fálica y le dé consistencia al conjunto. Como no hacen conjunto hay que tomarlas una a una. La proposición inferior puede leerse: *no todo x dice sí a la función fálica*. Leídas al tiempo ambas proposiciones tenemos: *No hay uno que diga no a la función fálica y no todo dice Sí*. Aquellos que están del lado de lo femenino pasan por la lógica fálica, pero no-todo; no-todo en ellos está regido por la ley del fallo. Una mujer está de pleno en la función fálica, pero no toda; hay algo suplementario.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 73.

El desdoblamiento de mujer, entre el falo y el goce suplementario, goce Otro, aparece en la parte inferior del grafo<sup>8</sup>, en los vectores  $\mathcal{L}\dot{a}\rightarrow\Phi$  y  $\mathcal{L}\dot{a}\rightarrow S(\mathcal{A})$ , respectivamente. En el primer vector, del lado del falo, la función paterna hace de la privación real una castración simbólica. Esta castración implica para el ser hablante un límite al goce fálico; por ello la mujer está de pleno en la función fálica. El vector  $\mathcal{L}\dot{a}\rightarrow S(\mathcal{A})$  implica que un sujeto en posición femenina tiene relación con el goce Otro, el cual Lacan escribe como  $S(\mathcal{A})$ . El goce Otro hace hendidura, falla, en el tesoro de los significantes. El hecho de que su goce no pueda ser circunscrito por ningún significante, que no pueda ser situado en los límites del cuerpo y que no haya en el inconsciente una categoría que dé cuenta de lo femenino, hace que una mujer tenga esa relación particular con lo real. La parte de goce que no puede ser nombrada por el significante sólo podrá aparecer como extranjera, como alteridad, que ninguna elucubración del pensamiento puede atrapar.

No es fácil delimitar en una mujer los elementos que subtienden este desdoblamiento. Difícil precisar dónde termina lo *Uno*, fálico y empieza lo *Otro*,  $S(\mathcal{A})$ . Para una mujer, el encuentro con el goce fálico se produce gracias al fantasma, que le permite encontrar una satisfacción de este orden en el hombre que para ella porta el brillo fálico, aquél que le habla según su fantasma fundamental. Ahora bien, una mujer puede situarse en una posición femenina acomodada al goce fálico marcado por el fantasma, pero esto no le garantiza el encuentro con la alteridad, pues mientras ésta se produce en el campo de la contingencia, aquél está ligado al entrapamiento del fantasma.

El amor es propicio a la contingencia del goce Otro. Detrás del poderío fálico, la sorpresa del amor es despertada por la castración que un hombre ofrece. “Una mujer muestra que la condición absoluta del amor es el don de la falta del Otro” –dice Gallano. Esa falta es un vacío en el saber sobre el sexo que le permite abordar a un hombre como Otro y no como Uno, como

portador del falo. Mediante el amor, la mujer accede al goce Otro, suplementario, si el decir del hombre abre un vacío en cuanto al saber del sexo, que propiciará el encuentro con  $S(\mathcal{A})$ . El encuentro con  $S(\mathcal{A})$  en tanto goce Otro podrá seguir otras vías; de ello el místico da cuenta.

El hombre y la mujer no hablan la misma lengua. Otra forma de decir esto con Lacan es: no hay relación sexual. El hombre no tiene acceso al Otro sexo. *La razón masculina* (fálica) pone un límite en el encuentro con *La sinrazón femenina* (alteridad). En la lógica fálica siempre es demasiado temprano o demasiado tarde para alcanzar la alteridad femenina. El amor viene a suplir el encuentro de dos que no se comprenden.

El libro *La alteridad femenina* recoge las conferencias del seminario que con el mismo nombre dictara Carmen Gallano, invitada por el Foro del Campo Lacaniano de Medellín, en 1998. Siguiendo el camino trazado por Lacan, con énfasis en sus textos de los años 70, se van entretejiendo a lo largo del texto puntualizaciones precisas sobre la alteridad femenina, respecto a su deslindamiento de la lógica fálica y lo que implica en el terreno del sexo. Pero, correlativo al desdoblamiento femenino, el tema siempre presente es el amor. Desde la primera conferencia, *Patologías del amor en las mujeres*, hasta la última, *Las aflicciones femeninas. El Hombre síntoma o estrago para una mujer*, el amor es protagónico, siendo tratado con la rigurosidad de quien tiene un amplio conocimiento de Lacan. El contrapunto con el amor desde la perspectiva masculina no se hace esperar. Hay una conferencia específicamente dedicada al tema –*Lo que se opone al Uno de todo hombre son las mujeres. Límite de la razón masculina*– y numerosas precisiones respecto a su ordenamiento, sus avatares y los recursos para suplir la relación sexual que no hay.

Carolina María Roldán C.  
Psicoanalista, Universidad de Antioquia  
carolindan@hotmail.com

<sup>8</sup> Ver grafo completo en el seminario XX, *Aún*, de Jacques Lacan.